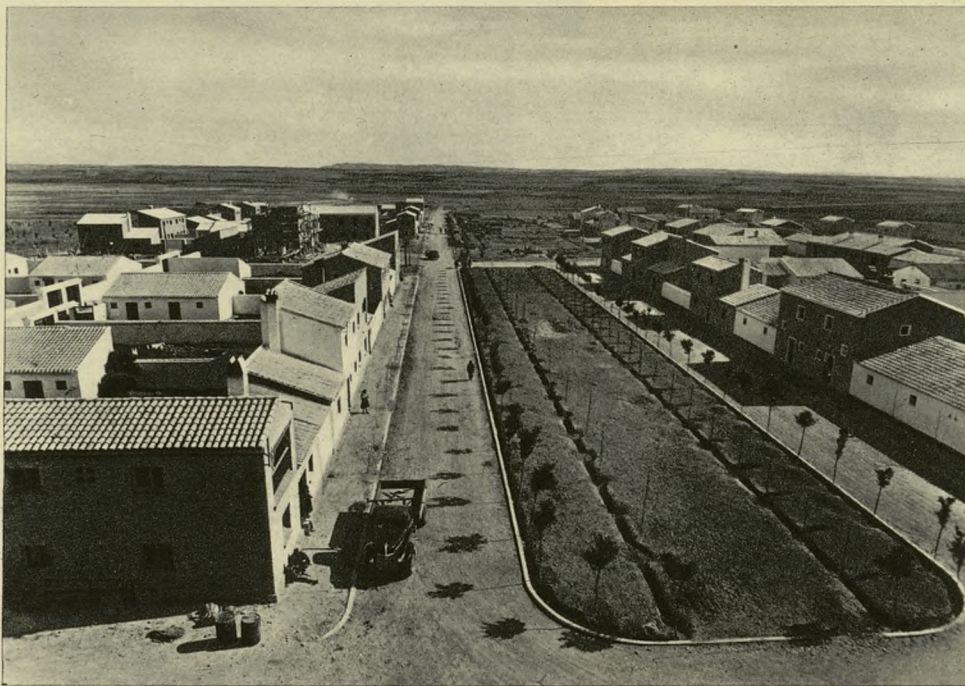


NUEVOS PUEBLOS

DE

ESPAÑA

En esta página, arriba: Un aspecto panorámico del nuevo pueblo «Suchs» (Lérida).—Abajo: Nuevo pueblo en construcción de la Zona de la Violada (Zaragoza).



España ha probado suficientemente sobre la carta desplegada de América su capacidad colonizadora, su desbordada fantasía para inventar la colosal aventura y luego su arte para desarrollarla, su tesón y paciencia para proseguirla y su fe para culminarla, escribiendo con sangre, sudor y desvelo todos y cada uno de los sucesos de la increíble Historia. Hay que pensar que bajo la capa de los capitanes y soldados y el sayón de los frailes y predicadores hubo algo más que vocación militar y religiosa, o si se quiere, en una palabra, conciencia misional, porque en ellos y con ellos se hallaba el espíritu colonizador, hecho estadista para escoger exactamente el sitio en que el campamento había de trocarse en fortaleza, y arquitecto que la planeara y comerciante que la cambiase en factoría, y alarife que la convirtiera en pueblo con iglesia para rezar, Ayuntamiento para discutir, casino para sosegar y cementerio para morir.

Pero si nadie le regatea a España este derecho a merecer el filial calificativo de Madre Patria con que la distinguen los pueblos de su estirpe, donde sin duda comienzan las cavilaciones y sutilezas, es con respecto a su capacidad para otras empresas de menos fuste y mayor primor. Y en esto probablemente ha de ocurrirle como a otras madres de prole numerosa, que con el afán de echar hijos al mundo y de hacerles vivir no tienen tiempo de meterse en filigranas menores ni de cuidarse con exceso de su tocado o de los alfileres y encajes de su vestido. Por ello España es áspera.

La generación literaria del 98 la ha visto así y ha hecho vérsela así a los españoles que a vuelta de grandes venturas y con los hijos-pueblos ya salidos de madre y echados a rodar por cuenta propia por esos mundos de Dios, han puesto una vez más los ojos en su paisaje desolado y buscan el modo de hacerlo menos duro, no porque con achaques de vejez se preparen un ameno rincón para la última molicie, sino porque quieren aprovechar el sosiego que les brinda la historia para el arreglo de su hogar, escenario de tantos y tan dispares como esforzados acontecimientos.

OTRAS COLONIZACIONES

El Movimiento Nacional es esta última ocasión de sosiego, un sosiego que merece llamarse desvelado por cuanto el mundo no se lo perdona y llama a su puerta con los grandes aldabonazos del bloqueo, de la pre-

tendida intervención y de la incomprensión mejor organizada. España, no obstante, ordena su vida y arregla sus asuntos. Y construye más pueblos porque los necesita.

Hace quinientos años procedió de igual modo. El internamiento de los moriscos de la Alpujarra, a causa de las rebeliones que a raíz de la Reconquista se produjeron, dió lugar a la primera colonización interior de que se tiene noticia. Doscientos cincuenta lugares alpujarreños fueron ocupados por asturianos, gallegos y leoneses, que introdujeron en ese rincón montañoso del Sur una nomenclatura allí desconocida con terminaciones galaicas—Pampaneira, Capileira—de lusitana evocación.

Al reinado de Juana «la Loca» corresponde otra colonización continuada por Felipe II. Nacen entonces los pueblos de Mancha Real, Los Villares y Valdepeñas de Jaén, entre esta provincia y la de Granada, con otros de menos nombradía.

La Cédula Real que ordena la creación de este último pueblo está expedida el 29 de abril de 1539. Se señala en ella el lugar que parece más sano con «el sol a Levante y teniendo despedida todas las aguas» y se ordena el trazado de 150 solares de casa, «cada uno de veinte varas en delantera por treinta de fondo, formando sus correspondientes calles, trazando, además, la Iglesia, situada en la plaza, esta última de cincuenta y cuatro varas de largo por cuarenta y siete de ancho. A la redonda de la plaza se señalarán solares para casa del Consejo, carnicerías y tiendas, y así mismo en la plaza de la Iglesia se dejará espacio para torre, sacristía y casa del clérigo».

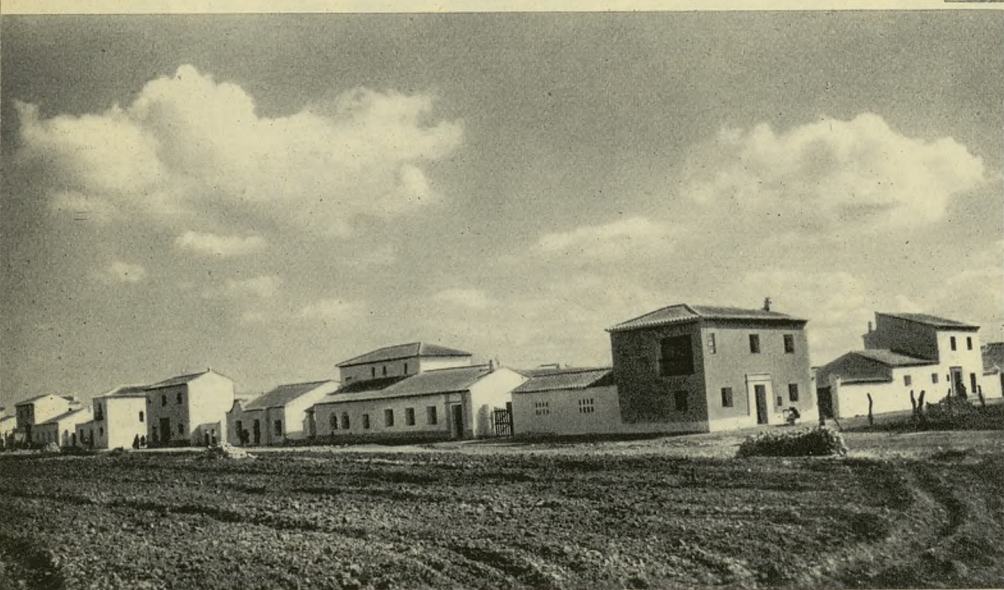
Sigue históricamente a esta colonización sujeta a un plan la que Carlos III realiza en Sierra Morena con fines itinerarios y de policía.

Nacen entonces una docena de pueblos importantes—La Carolina, Santa Elena, Almuradiel, entre ellos—, distribuidos en dos Departamentos, en los que se instalan, entre otros españoles, seis mil alemanes y flamencos, todos ellos católicos y labradores, que aportan un fermento rubio a la sangre andaluza que aún es dado reconocer.

Cada colono recibió, según los contratos pertinentes, cincuenta fanegas de tierra, amén de las herramientas y aperos de labranza y un pequeño lote de ganado consistente en dos vacas, cinco ovejas, otras tantas cabras y gallinas, un gallo y una cerda, así como grano suficiente para la manutención de los animales y la primera sembradura.



Santa María de la Vid, Aranda de Duero (Burgos).



Pueblo «A» en la Zona del Salado (Sevilla).



Plaza e iglesia de Ontinar de Salz (Zaragoza).

FASE ACTUAL

El último gran esfuerzo colonizador tiene lógicamente, por razón de la época en que vivimos, muchas más amplias dimensiones y no se limita a la creación de pueblos. Sin embargo, ha dedicado a esta creación la atención suficiente para que, constituyendo un simple capítulo de su labor, merezca destacarse.

El Instituto Nacional de Colonización, al que el Estado tiene encomendada esta tarea, ha construido totalmente desde hace diez años, época de su fundación, seis pueblos, iniciado la construcción de doce, y tiene en estudio y preparación la construcción de dieciséis pueblos más. lo que hace un conjunto de treinta y cuatro nuevos pueblos, diseminados por toda la geografía de España, que contribuirán a resolver el problema de la explotación de nuevas tierras y el del crecimiento de la población campesina, evitando su éxodo a las grandes ciudades.

PROVINCIA DE CÁDIZ

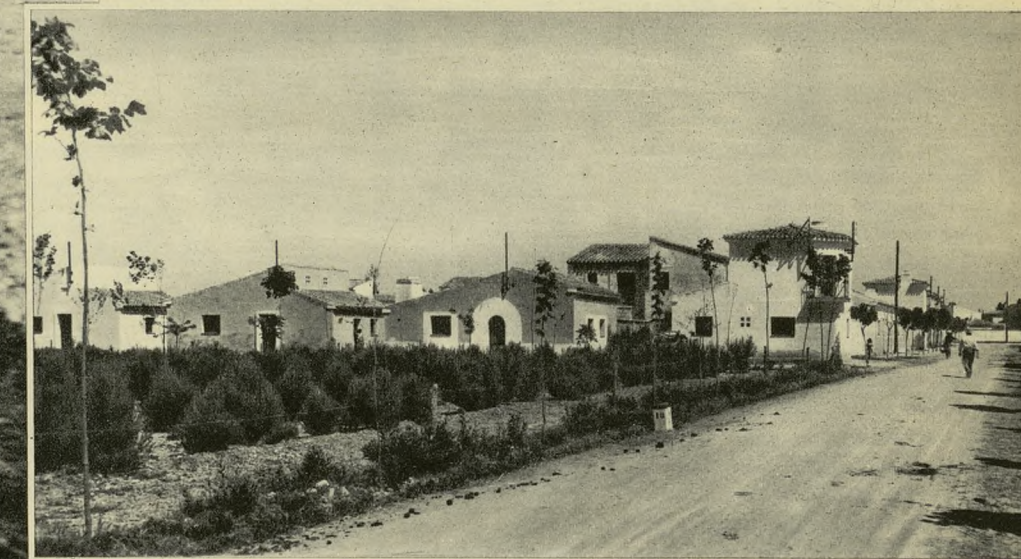
Es imposible, en la forzada limitación de un trabajo periodístico, es-



Santa María de la Vid, Aranda de Duero (Burgos).



Otro aspecto de Santa María de la Vid.



Pueblo de Gimennells, visto desde la carretera de Alcarraz-Almasellas (Lérida).

tudiar, como no sea panorámicamente, la gestación y desarrollo de esta gran obra del Movimiento. El Torno, la Barca de la Florida y Torrecera son tres de los pueblos que el Instituto ha hecho surgir en la tierra salada y caliente de Cádiz, en las inmediaciones de Jerez, como tres coplas vibrantes allí donde el vino y la canción tienen su asiento natural. De ellos hablaremos y de Láchar, nacido, o mejor dicho, renacido a la sombra del castillo medieval del conde de Benalúa, cerca del campamento de Santa Fe, mandado construir por la Reina Católica para coronar la Reconquista. Sin olvidar otros dos pueblos: Las Torres, un magnífico ensayo de pueblo diseminado, en las cercanías de Sevilla, y Gimennells, gracioso y prometedor núcleo rural que acaba de ser inscrito con pleno derecho entre los pueblos con merecimiento de adjetivo, en la provincia catalana de Lérida.

Forman El Torno, la Barca y Torrecera el núcleo de población del pantano de Guadalcaín, embalse que domina una superficie regable de 10.000 hectáreas. Antes de su ocupación por el Instituto era una inmensa zona casi despoblada, en la que habitaban, en chozas de paja, algunos pastores. Su encharcamiento daba lugar al paludismo.

Hoy, en muy pocos años, es una comarca riente y florida, cruzada por

múltiples caminos, en la que sorprende la maravillosa vegetación y la belleza y gracia de sus construcciones. Una tupida red de acequias y de canales secundarios de riego extiende el beneficio del agua, que, bien aprovechada, ha producido el milagro bíblico de la multiplicación del pan. Unos cientos de casas, construidas con un gran sentido de acomodación al paisaje, sirven de recinto a su población, aún no muy numerosa, y es de ver cómo estas gentes, recién instaladas, procedentes en su mayoría de otras provincias andaluzas, han sabido incorporar las experiencias que sobre el regadío, del que carecían de práctica les han inculcado los ingenieros destacados por el Instituto para este urgente aprendizaje. Y, sobre todo, es de ver la rápida transmutación de sus vidas. No hace falta penetrar en la intimidad de sus hogares en los que campea el buen gusto y la limpieza, para comprobar fácilmente que son usufructuarios de un auténtico bienestar. A la puerta de sus casas las bicicletas femeninas aguardan relucientes la salida de las muchachas que se disponen en pandilla a realizar una excursión por los alrededores. En el patio, los hombres arreglan el arado o sacan las vacas a beber mientras las mujeres hacen sonar en el interior de las viviendas la música alegre y monacorde de la máquina de coser y el estudiante de la casa pasea de un lado a otro del comedor luchando a brazo partido con las declinaciones del latín.

Las parcelaciones entre los colonos se han hecho en estos pueblos a base de 4,5 hectáreas de regadío por lote familiar de explotación. Las viviendas de El Torno están dispuestas dentro de parcelas de 30 por 50 metros, en un sistema semiagrupado. En cada parcela, además de la vivienda, cuya construcción se distribuye en diez tipos diferentes, para evitar la uniformidad están las dependencias agrícolas—cuadra, establo y graneros—corral, y un pequeño huerto familiar. En lugar dominante, como si nuestros legisladores hubieran tenido a la vista la Cédula Real por la que se fundó Valdepeñas hace cuatrocientos años, está la plaza con su iglesia y ésta con su sacristía y casa para el clérigo. En la plaza tienen cabida también la Casa Ayuntamiento, el centro cívico, el dispensario médico quirúrgico, escuelas y viviendas para maestros y locales para artesanos y comerciantes. Todos estos pueblos están, naturalmente, dotados de agua, alcantarillado y luz eléctrica y en ellos se inician, bajo la protección del Instituto, una serie de industrias rurales que están llamadas a tener gran éxito.

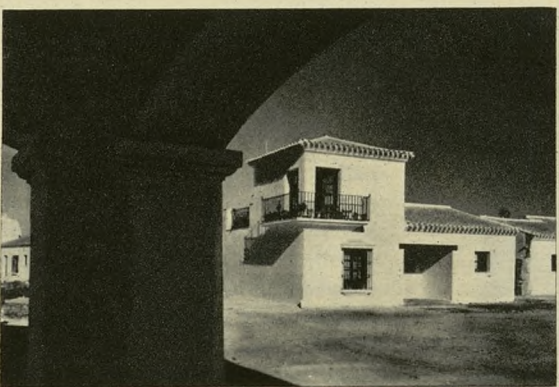
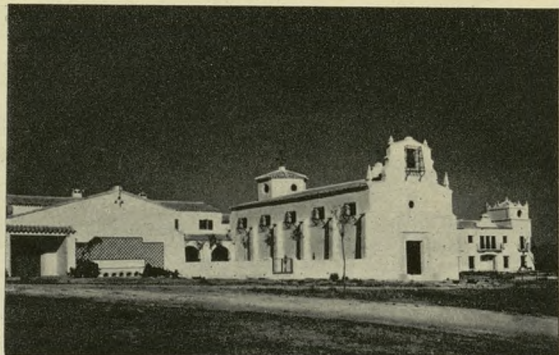
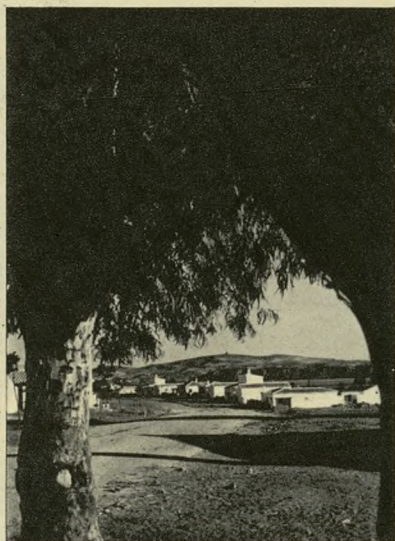
UN VIEJO PUEBLO DE SEÑORIO

Lachar, a unos 25 kilómetros de Granada, en la carretera que une a esta ciudad con Málaga, está enclavado en un quebrado valle regado por el Genil. La Reforma Agraria efectuada por la República sembró la ruina en este pequeño pueblo de señorío, propiedad del duque de San Pedro de Galatino, que por su condición de Grande de España fué despojado de él. Esta medida, lejos de beneficiar a sus colonos, les perjudicó sobremanera, porque al efectuarse su distribución entre los mismos no se realizó ésta sobre la base de transferir la propiedad de las tierras, como hace el Movimiento, sino sobre lo que aquella ley llamaba «asentamientos», no respaldados por ningún título jurídico que sirviera de garantía contra futuros despojos. La arbitrariedad presidió, por lo demás, aquella distribución no efectuada con un criterio equitativo y técnico, y como, por otra parte, los beneficiarios de la Reforma no recibieron créditos, aperos, herramientas, animales ni semillas para emprender sus explotaciones, muchos hubieron de abandonarlas, añorando los tiempos patriarcales y menos azarosos en que el duque proyectaba su sombra paternal sobre la comarca.

El Instituto de Colonización ha efectuado en este pueblo una redistribución de tierras entre los antiguos colonos, en forma que cada familia disfrute por igual de lotes de monte, de secano y de regadío, y ha construido hasta cincuenta y dos nuevas viviendas, abriendo una calle para el paso de carros y otra para tiendas de artesanos. Asimismo ha edificado las escuelas y casas para los maestros correspondientes, existiendo el pro-



Las casas de los nuevos pueblos de España, edificadas por el Instituto Nacional de Colonización, ostentan en sus fachadas el anagrama del Instituto. Abajo, a la izquierda: Pueblo de «El Torno» (Jerez de la Frontera). A la derecha: Un rincón de Gimennells (Lérida).



En las cuatro fotografías apaisadas de esta página ofrecemos, de arriba a abajo y de izquierda a derecha: Iglesia y escuela de «El Torno», en Jerez de la Frontera. Plaza de Gimennells (Lérida). Un detalle del pueblo de «La Barca de la Florida» (Cádiz). Aspecto parcial de un nuevo pueblo en la Zona del Canal de Aragón y Cataluña.

yecto de fachear las viejas viviendas, entre las que cruza la carretera, de acuerdo con la bella traza de las nuevas edificaciones. Una serie de importantes reformas han sido realizadas bajo la dirección del Instituto, entre ellas, la Central eléctrica, estación elevadora de aguas, alcantarillado, etc. Una pequeña gran industria de fabricación de quesos ha sido impulsada al amparo de una cabaña numerosa, propiedad conjunta de los colonos, quienes con su sola explotación pueden amortizar el valor de los lotes recibidos.

EN LA PROVINCIA DE SEVILLA

Las Torres, en las inmediaciones de Alcalá del Río y la rinchonda, forman un pintoresco núcleo construido por el sistema de ciudad-jardín, con vivienda diseminada, construida sobre cada parcela a base de cinco tipos de edificación. El total de las casas para colonos edificadas por el Instituto en este nuevo pueblo es de 102, habiéndose además adoptado y consolidado diez edificios existentes. El terreno, extraordinariamente fértil, ha permitido la instalación de 114 colonos, que han recibido en propiedad, además de la vivienda, un lote medio aproximado de cinco hectáreas de terreno de regadío, la maquinaria, aperos y semilla y un lote de ganado. Ofrecemos al curioso lector, para su cotejo con el lote ganadero donado en el siglo XVIII a los colonizadores de Sierra Morena, la relación del que se entrega a los colonos del Instituto: una yunta de vacas de trabajo, una vaca de leche, una yegua de pequeña alzada y una cerda de cría. Antes de la ocupación de esta finca por el Estado, la habitaban un número muy escaso de colonos que se refugiaban en miserables chozas de rama y paja y carecían de lo más indispensable, desconociendo por completo las prácticas del regadío.

COMPLETA TRANSFORMACION

Gimennells, nuevo pueblo construido en la provincia de Lérida, es el primero de los cinco que serán edificados en la gran zona regable del Canal de Aragón y Cataluña, de una extensión aproximada de 16.000 hectáreas. De esta inmensa zona sólo se cultivaba la mitad, quedando el resto inculto o mal cultivado por una población escasa alojada en total en unas doscientas miserables edificaciones, distribuidas en pequeñas agrupaciones elementales. El plan trazado por el Instituto implica el alojamiento, en condiciones dignas, de 600 familias, necesarias para el cultivo de esta zona.

Ochenta y cinco casas, todas ellas de bellísima traza, presididas por una Iglesia que es modelo de arquitectura religiosa rural, forman el nuevo pueblo. Un pequeño bosque, ya muy crecido a pesar de lo reciente de su plantación, lo protege de los vientos del norte.

Yo he visto el trajín de los vecinos desde la torre de la Iglesia, en las calles ordenadas y limpias; su animado ajeteo en el interior de los patios de sus flamantes casas, su ir y venir hacia la huerta o hacia los alineados estercoleros situados en las afueras, el lento paso de los crujientes carromatos, el cascabeleo de las tartanas y la armoniosa sonata de las esquilas, el alboroto de los chicos al salir de la escuela y ha sentido en el corazón el íntimo alborozo de la obra creada. Este pueblo es una obra viva y palpitante del Movimiento. El traduce y justifica mejor que ninguna otra la inquietud de los himnos que acompañaban el paso de nuestros soldados en los días que la guerra y la esperanza de nuestra juventud.

Como este de Gimennells, otros treinta y cuatro pueblos hechos ya realidad de cal y de canto o pro-

mesa fecunda de planos y de proyectos, se alza por todos los rincones de España. Cada uno de sus vecinos es dueño de la casa en que vive, de la tierra que labra y de los frutos que recoge. En sus cuadras, cochiqueras, corrales y establos se agita un inmenso mundo de bestezuelas que les ayudan en sus faenas o les rinden producto. Sus graneros, heniles y pajares se llenan cada año. Aquí los hombres se sienten realizadores de una misión, fundadores de una empresa, jefes de una familia, miembros de una Patria.—L. C.